

LA ORACIÓN

5

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

La forma

Estamos familiarizados con el texto a estudiar. “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanará su tierra” (2 Crónicas 7.14). El contexto es la oración. El templo que había sido construido por Salomón, estaba siendo inaugurado. Este fue uno de los grandes días de la historia de Israel. Salomón pronunció la oración del templo en 2 Crónicas 6. ¡Dios escuchó y aceptó esa oración! La respuesta de Dios se encuentra en el capítulo 7. Este es el contexto del texto que estamos estudiando. Léalo... conózcalo. Este texto revela la filosofía bíblica de la oración. En realidad, en 2 Crónicas 7.14 se encierra todo sobre la oración, en sólo un versículo.

Es importante la forma en la adoración y en la oración. Es algo que básicamente se ha abandonado hoy día. La oración tiene forma. Salomón había llamado a los ancianos, y a los sacerdotes de todas las tribus, para que estuvieran presentes en la inauguración del templo. Todo lo necesario estaba en su lugar correspondiente. El día se había declarado santo. La forma tiene el lugar que le corresponde. Dios es un Dios de orden. Israel estaba unida y en paz.

1) “*Si... mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado...*”. La oración es un privilegio único de los hijos de Dios. Puede que haya excepciones en las que Dios escuche a los pecadores —pero ello no es la regla.¹ La oración es para su familia. Esto es

algo que a menudo se ignora cuando estudiamos la oración “en el nombre de Jesús”. Dios escucha y responde las oraciones de sus hijos. El texto bajo estudio se da en Jerusalén, en el templo de Dios. La nación se había reunido para adorar a Dios. Este es el suelo en el que la oración florece.

2) “*Si se humillare*”. Cada paso es crucial en la escuela de la oración. La humildad precede a la oración. El arrepentimiento precede a la oración. El orgullo no puede orar. El texto bajo estudio se centra en la presencia viviente de Dios. En la inauguración del templo, Dios vino a habitar “el lugar santísimo”. ¡Dios! ¡La gloria de Dios! Este es el origen de la oración. El ver a Dios sólo puede ser resultado de la adoración y la oración. La actitud singular de Jesús era la humildad. Los griegos despreciaban la humildad; pensaban que era debilidad. La humildad es dependencia. La humildad es la confesión de impotencia. La humildad es honestidad, es realismo.

3) “*Oraren*”. Las personas necesitadas oran. Las personas arrepentidas oran. La oración es el fundamento de la renovación y la reforma. El despertar sólo viene de la oración. “¡Ore primero!”. No huya, ni se esconda, ni culpe a otros, ni niegue, ni se resista, ¡Ore! “¡No le de la espalda a la música!”. “¡Venga limpio ante Dios!”. Dios no quiere que caigamos, pero si nos sucede, ¡él quiere que volvamos! ¡Qué gran Dios!

4) “*Si... buscaren mi rostro*”. ¡Esta es una expresión fascinante! ¡Medita en ella! No dijo: “Si buscaren mi ley”; ni: “Si regresaren a la iglesia”; ni: “Si fueren fieles por unas semanas”. Lo que dijo fue: “Si... buscaren mi rostro”. Son muchos los que desean que Dios les haga regalos, ¡pero no desean su presencia! ¡Dios desea ser deseado! La oración verdadera es nuestra búsqueda de Dios mismo. ¡Lo queremos a él! Practique el venir a la presencia de Dios en la oración.

5) “*Si... se convirtieren de sus malos caminos*”. Los pecadores deben arrepentirse. Deben volverse

¹Dios escuchó la oración de Cornelio cuando éste rogaba para ser guiado en el camino de la salvación (Hechos 10.4).

de sus pecados. Dios no da “gracia barata”, ni licencia para pecar. El pecado es pecado, y los perdidos están condenados.

6) “*Sanaré*”. Los pecadores son perdonados; hasta la tierra es sanada. Aun cuando estamos manchados y caídos, Dios quiere que nos volvamos. Dios nos oye y nos perdona. El texto que estamos estudiando es un gran texto. Continúe leyendo. Los pecadores serán perdonados; los impenitentes serán condenados. Dios da su advertencia. Las amenazas de Dios son tan reales como sus promesas. Dios cumple *todas* sus promesas. Los humildes serán bendecidos; los pecaminosos serán condenados. Lo anterior fue lo que Dios le dijo a Salomón en el templo.

Los obstáculos a la oración

Santiago 4.14

¡Son grandes las cosas que les suceden a los que oran! Cuando los creyentes oran, ¡Dios hace algo! ¡Orar es invitar, es permitirle a Dios que entre nuevamente a nuestro mundo! Por toda la eternidad nos vamos a estar preguntando “¿Por qué fue que no oramos más?”. La palabra de Dios hará su obra; la oración hará su obra. La oración es la dimensión más débil de mi ministerio. Todos queremos orar, y orar mejor, sin embargo nuestras más grandes fallas suceden en nuestras oraciones.

Oramos poco, o nada. Cuando oramos, son “oraciones desperdiciadas” las que decimos. ¡Satanás nos estorba! Son muchas las cosas que estorban nuestras oraciones. Debemos estar conscientes de ello, admitirlo y corregirlo. ¿Qué es lo que estorba nuestro crecimiento en la oración?

LA ORACIÓN ES RELEGADA POR OTRAS ACTIVIDADES

El hecho es que estamos “demasiado ocupados”. ¡Lo bueno ha desarraigado lo mejor! Somos prisioneros de horarios que están muy ocupados. No tenemos tiempo para la familia, ni para la iglesia, ni para la oración, ¡ni para Dios! Nuestras intenciones son buenas. Tenemos intención de orar, sin embargo, no tenemos un lugar fijo, ni un tiempo fijo. Le facilitamos las cosas a Satanás. Usted no va a conocer nunca la oración profunda si siempre anda “en carreras”. Esto es un insulto a la amistad, a la familia y a Dios. *No le dé prioridad a su horario; déle horario a sus prioridades.*

Tenemos el privilegio de hablar con Dios cuando lo hagamos. ¡El teléfono de Dios no está ocupado nunca! ¡Qué sobrecogedora realidad y privilegio! Por otro lado, ¡qué gran tentación! Dios está a merced nuestra. La oración la hacemos a la hora y los términos que decidamos. Dios sólo recibe “boronas”. ¡Dios es el último y el de menor rango! Sí, la vida puede, algunas veces, estar más allá de nuestro control. No obstante, debemos hacer un compromiso con la oración. Comemos. Dormimos. Oramos. Debemos tener una hora y un lugar para orar. La oración debe tener prioridad. *¡Ore primero!* La oración es trabajo, trabajo duro. ¡La oración demanda que nos detengamos diariamente para escuchar y esperar! ¡Entre más ocupados estemos, más debemos orar!

FALTA DE PREPARACIÓN

La preparación es crucial, sin embargo, por lo general se le descuida. Usted no debería apresurarse a orar o a hacer nada que tenga significado para la eternidad. El coach Bud Wilkinson dijo sabiamente: “No es la voluntad de ganar, sino, la voluntad de prepararse”. Las grandes cosas demandan gran preparación. Las grandes bodas demandan una inmensa preparación. Trágicamente, demasiadas parejas se preparan más para sus bodas que para sus matrimonios. Para encontrarse con Dios, uno debe santificarse.

Allá en la finca, cuando era niño, aprendí que “la preparación es la parte más difícil”. Para construir una cerca uno tenía que hacer acopio de los materiales, poner el equipo en los tractores, recortar los árboles, y saltar sobre los zanjos. Poner la cerca en sí, era la parte más fácil. Demasiadas oraciones nuestras carecen completamente de preparación. Los gentiles usaban las “vanas repeticiones” (Mateo 6).

Nuestras oraciones son clichés y discursos incoherentes. Nuestra oración en público *debe* prepararse! Deben tomarse notas para ayudarle a la memoria. Algunas cosas son de fundamental importancia. “La preparación es la parte más difícil”. Fallamos en la oración porque fallamos en la preparación. Nuestra falta de preparación estorba nuestras oraciones.

ORACIONES NO OFRECIDAS

La mayoría de la gente se preocupa por “oraciones no contestadas”; el problema verdadero lo constituyen las “oraciones no ofrecidas”. No tenemos porque no pedimos (Santiago 4.2). Nuestro más grande pecado y error es no orar. Dios está dispuesto a bendecirnos, mucho más de lo que

nosotros lo estamos para recibir. Al no orar, no solamente nos perdemos de las bendiciones de Dios, ¡sino que también pecamos! Jesús dijo que nosotros hemos de orar siempre, y no desmayar (Lucas 18.1). ¡Oh, la presunción, la arrogancia de las oraciones no ofrecidas! Las bendiciones no serán dadas sino hasta que sean pedidas. ¡Pedid... buscad... llamad...! ¡Dios nos invita, nos ruega, nos insta, nos urge a orar!

Los padres desean bendecir a sus hijos. Quieren que sus hijos se lo pidan. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11.13). Nosotros, sencillamente, ¡no pedimos! ¡Creemos que nuestras necesidades, o son demasiado grandes, o son demasiado pequeñas! Dios está ansioso de suplirlas. Como creyentes que somos, ¡tenemos el derecho, dado por Dios, de orar por cualquier cosa, por la cual tengamos derecho de trabajar y de preocuparnos! La oración sin obras está muerta, pero también las obras sin oración están muertas. Dios pone a los cristianos “sobre sus pies” cuando los encuentra “de rodillas”. Cuando las oraciones cristianas ascienden, el poder de Dios desciende.

PECADO—PECADO—PECADO

La oración profunda sólo puede proceder del pensar y del vivir rectamente. El fundamento de la oración verdadera es una recta relación con Dios. Debemos ser salvados, ¡no ser perdidos! Debemos ser los hijos de Dios, ¡no los de Satanás! ¡La oración y la desobediencia no se mezclan! Son más de treinta las veces, en las que Dios no contestó, o no contestaría algunas oraciones. El problema por lo general fue el pecado.

El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable (Proverbios 28.9).

El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; mas la oración de los rectos es su gozo (Proverbios 15.8).

Jehova esta lejos de los impios; pero el oye la oración de los justos (Proverbios 15.29).

Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado (Salmos 66.18).

Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal (1 Pedro 3.12).

Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y

hacemos las cosas que son agradables delante de él (1 Juan 3.22).

Estas escrituras son simples y llanas. Dios no nos escuchará mientras nos rehusamos escucharle a él. El pecado nos aleja de la oración, y la oración nos aleja del pecado. No obstante, tenga cuidado. ¡La bondad no es soborno! La oración no es negociación. Uno no hace el bien para ser bendecido. Dios sencillamente bendice a los buenos. Sólo los buenos están en posición de ser bendecidos. El hombre no puede ganar el derecho de ser oído. Dios no está a merced de la oración, sino que, ¡sólo la gente humilde tiene acceso al corazón de Dios!

LA DUDA

Debemos creer cuando oramos. La oración es la fe que habla. Esto es lo que se nos dice: “... pero pida con fe, no dudando nada;...” (Santiago 1.5–6); “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Timoteo 2.8). No somos bendecidos, porque no esperamos serlo. La oración implica tener tanto esperanza, como valentía. En la oración, el hombre “está con la mirada dirigida al cielo” mientras su rostro “está inclinado al suelo”. ¡A todos nos gusta el relato de la hermana anciana que llevó su paraguas a un servicio de oración, en el cual se pediría que lloviera! No solamente oramos por cosas que no esperamos —¡a veces oramos por cosas que realmente no deseamos! Hay esposas que oran para que sus esposos se conviertan, sin embargo, no esperan, ni desean que se arrepientan. Hay iglesias que oran para que suceda un despertar espiritual, y no hacen ninguna preparación para ello, ni están asistiendo fielmente.

Dios es bueno. Ninguno de los que vino a Jesús, buscando ayuda, dejó de recibir lo que deseaba —¡y aún más! No solamente recibieron lo que pedían, sino que, ¡siempre recibieron lo que necesitaban! ¡Qué gran salvador! ¡No solamente les sanó sus cuerpos, sino también, sus almas! Cuando Israel se volvió a Dios, éste los bendijo. No hay ningún registro en la Biblia de ningún hombre que orara con fe y que fuera rechazado por Dios. Incluso, cuando Pablo oró pidiendo la remoción de su aguijón, Dios le dio algo muchísimo mejor —le dio su gracia (2 Corintios 12). Si no somos agradecidos con lo que Dios nos da, ¿por qué debería él darnos más? Si usted es de doble ánimo, no espere nada de Dios (Santiago 1.6–8). Es sobrecogedora la idea que se nos revela por medio de Hebreos 4.3: “Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no

entrarán en mi reposo; aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo". Dios proveyó la respuesta para toda necesidad humana, ¡antes de que el mundo fuese creado! Los que carecen de fe desperdician la oración.

La oración no es un sustituto del trabajo, ni del pensamiento, ni del velar, ni del sufrimiento, ni del dar. La oración es el apoyo de todos estos esfuerzos. Es poco o nada lo que usted logrará con sus propias fuerzas; sin embargo, no es mucho lo que Dios le dará, a menos que usted obre con todo su poder. La oración es para los desvalidos.

La oración y el síndrome del éxito no se mezclan. No le pida a Dios que le dé más de aquello por lo cual está agradecido y está compartiendo con otros. ¡No exija de Dios que corra a su crisis cuando usted ha sido infiel! Manténgase alejado de la duda destructora de oraciones. Escudriñe su propio corazón —¿espera, en lo más profundo, recibir lo que pide?

PERDONANDO A OTROS

Una de las cuestiones que más se olvidan de manera cortés es nuestra actitud y práctica hacia los demás. No podemos estar bien con Dios mientras estemos enemistados con otros. La forma como tratemos a otros determina, en gran manera, la forma como Dios nos tratará a nosotros. *¡Trate bien a la gente!* Lo que está en el núcleo de la cuestión es el orgullo. Cuando estamos llenos de orgullo, vivimos con odio, con intolerancia y con malicia. Hacemos uso de la gente para nuestro propio provecho. Dado que hemos aprendido que

la oración es para los desvalidos, debemos concluir que la dependencia elimina todos los vicios. Todos somos mendigos que necesitan y comparten el pan. Todos tenemos necesidad, el uno del otro, porque todos tenemos necesidad de Dios. Los capítulos 5 y 18 de Mateo entran en gran detalle con el fin de recalcar el valor de las relaciones humanas. Cuando los hermanos están en conflicto con otros hermanos, sus vidas de oración sufren.

Esto fue lo que Shakespeare dijo: "Ser, o no ser". Jesús dijo: "Perdonar o no perdonar".

Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas (Marcos 11.25).

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo 6.14–15).

El que cierra su oído al clamor del pobre, también él clamará, y no será oído (Proverbios 21.13).

En Mateo 5, Jesús enseñó sobre la necesidad de la reconciliación antes de la adoración. El que no perdona destruye el puente sobre el cual debe pasar. Dios no nos perdonará si nosotros no lo hacemos. ¡El perdón también implica prejuicios, rencores y resentimiento! ¿Podremos pedirle a Dios que haga por nosotros lo que nos rehusamos a hacer por otros? ■